

atención que debemos poner en ellas. Consideremos pues.

Lo primero. *¿Qué cosa es el estado del pecador?* Un estado de muerte y de perdición. En este estado el pecador está privado de Dios y de su gracia, que es la vida del alma, como el alma es la vida del cuerpo.—En este estado, todas las obras del pecador son obras muertas y que no pueden merecer alguna recompensa en el cielo.—En este estado, el pecador, si viene á ser arrebatado del mundo, su muerte viene á ser una muerte eterna, no porque él venga á caer en una eterna destrucción, sino en un estado de perdición eterna, porque resucitará eternamente privado de Dios y será víctima eterna de sus venganzas. *¿Qué estado?* *¿Y quién podrá pensar en él sin estremecerse?* *¿Ay de mí!* *¿Cuántos se hallan en estado de perdición?* Dios lo sabe, él los conoce, parecen vivos y están muertos. *¿Cuánto tiempo he estado yo mismo en él?* Se llama la muerte temporal de los parientes y de los amigos. *¡Ah! lloramos su muerte espiritual mil veces mas funesta que la primera, porque en cada momento se puede convertir en una muerte eterna.*

Lo segundo. *¿Qué cosa es estar convertido?* Quiere decir estar resucitado, haberse hallado.... Nos alegramos de haber salido de una enfermedad por la que creíamos morir ó en que ya nos daban por muertos. *¿Qué sería pues si por milagro, después de haber realmente muerto, hubiésemos sido otra vez resucitados á la vida?* Tal es, ó incomparablemente mayor aun, la gracia de la conversión que nos hace venir á Dios, que nos vuelve á poner en todos los derechos de la vida primera que habíamos recibido en el bautismo y que nos conduce á la vida eterna que nos está asegurada en el cielo si perseveramos en el estado de nuestra resurrección. *¡Oh! ¡y cuál debe ser nuestro reconocimiento por un tan grande beneficio!* *¡cuál nuestro fervor en el servir á aquel que nos ha restituido la vida, y una tal vida!* *¡cuál nuestra aplicación y vigilancia para conservarla!*

Lo tercero. *¿Qué cosa es la recaída?* Una estulticia inexplicable, una monstruosa ingratitud.... No es asunto de la parábola hablarnos de la perseverancia del pródigo, pero cada uno se puede imaginar cómo habría él recibido á su antiguo señor si este se le hubiera presentado para decirle que se levantara de la mesa, que se despojara de sus hábitos y volviese á tomar su antiguo empleo de la guardia de los puerocos. De esto es fácil deducir cómo debemos también nosotros recibir al demonio cuando tiene la audacia de hacernos una proposición semejante. No podemos suponer al pródigo tan insensato que expusiese por la segunda vez á caer en el estado miserable en que había tenido tanto que padecer y sufrir, y del que tanto le costó el salir. *¿Cuál es pues el exceso de nuestra locura y necesidad en volver otra vez al pecado, después de haber sido librado de él, en volver á él con tanta profundidad,*

con tanta facilidad, no una vez sino tantas y tantas:....

Pero finalmente, supongamos, que el pródigo olvidado de sus propios intereses, hubiera sido tan ingrato en abandonar á su padre, y que después de haber sufrido las mismas desgracias se hubiese de nuevo presentado á él, en el mismo estado y con las mismas propuestas que antes. *¿Cómo pensamos nosotros, que lo habría recibido su padre, y que debería haberlo recibido?* *¡Ah! guardémosnos de medir la bondad de Dios por la de los hombres, ó de juzgar de ella por nuestras débiles ideas: ella es superior á todos nuestros pensamientos: ella es infinita.... Dios está dispuesto á recibirnos y á recibir nuestra penitencia, no solo una segunda vez, sino hasta sesenta veces siete veces, esto es, tantas cuantas sinceramente recurramos á él, con un corazón arrepenido y despojado de dolor.* *¡Ah! él es todo amable, Dios bueno, Dios paciente, Dios misericordioso y siempre pronto á perdonarnos.* *¿Pero cuál sería nuestra necesidad, nuestra malicia y nuestra ingratitud, si la bondad de Dios viese á ser para nosotros un motivo de ofenderlo y no un aliciente para amarlo?* *¡Ah! no nos engañemos: muchos han sido víctimas de su corazón depravado y han sufrido la pena de su ingratitud; muchos después de su recaída no han tenido tiempo de arrepentirse: muchos habiendo tomado gusto al pecado por su recaída, no han tenido voluntad de enmendarse; muchos por su recaída, han contraído el hábito del pecado, y no queriendo hacerse la violencia necesaria para romperlo, se han obstinado en decir que ya no podían arrepentirse; muchos finalmente, después de una vida tejida de confesiones y de recaídas, han reconocido después, pero ya tarde, que no se habían jamás convertido de veras.*

PETICION Y COLOQUIO.

Glorifica, ¡oh alma mía! alaba y da gracias al Señor, por las infinitas misericordias de que pródigamente te han llenado: alégrate, pero teme al mismo tiempo de abusar de ellas! Y vos, ¡oh Dios mío! haced que en adelante correspondáis fiel y constantemente á la inmensidad de vuestras gracias para participar un día de la inmensidad de vuestra gloria. Amen.



MEDITACION CC.

PARABOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL PERO PRUDENTE.

San Lucas, c. XVI, v. 1, 9.

DEL USO DE LAS RIQUEZAS.

Primero, dispacion del administrador; segundo, prudencia del administrador; tercero, relacion de la parábola con nuestro estado; cuarto, diferencia entre el administrador y nosotros.

PUNTO I.

DISPACION DEL ADMINISTRADOR.

Primero. *El administrador es acusado de disipador.* "Y les dijo tambien á sus discipulos: habia un hombre rico que tenia un administrador, y este fué acusado delante de él como que habiese disipado sus bienes...." Este administrador ó cobrador, á quien el rico habia confiado la cobranza y administracion de sus bienes, en vez de llevar fielmente las cuentas y de hacer servir en provecho de su señor las rentas que cobraba, las disipaba y hacia servir á sus propios intereses y placeres. Una tal conducta no tardó en llegar á los oídos de su señor y lo irritó. *¿No soy yo ¡ay de mí! este administrador fiel?* *De vos, ¡oh Dios mío! reconozco todo lo que tengo, bienes del cuerpo y del alma; bienes de la naturaleza y de la gracia; bienes del nacimiento y de fortuna, vida, sanidad, espíritu, talentos, riquezas, dignidad; vos sois el que me ponéis todo esto en las manos, para que haga el uso que vuestra ley me prescribe y todo lo emplee a vuestra mayor gloria.* *¿Pero el uso que hasta ahora he hecho de todo, no me acusa delante de vuestro trono, ¡oh Señor! ¿no grita por venganza? ¿no soy yo á vuestros ojos, ¡oh soberano bienhechor! un infiel, un perjuro?... Si, ¡oh Dios mío! como tal me reconozco, por todo me humillo y os pido perdón.*

Segundo. *El administrador es citado delante de su señor y recibe su justa reprobacion.* Pongámonos aquí en la presencia de Dios, y escuchémos con asombro las reprobaciones que nos puede dar y que nos has engerira nuestra propia conciencia.... "Y lo llamó y le dijo: *¿Qué es esto que oigo decir de tí?...*" No oigo otra cosa de tí que quejas, y de todas partes se implora mi justicia contra tu disipacion.... Lo reconozco lleno de confusion, ¡oh Señor! hasta ahora en toda mi conducta siempre he dado mil motivos de quejas contra mí; los he dado en todas las edades en que he vivido; en todos los lugares en

que me he hallado, en todos los empleos que se me han confiado; los he dado á todos aquellos con quienes he tenido alguna relacion, á mis superiores, á mis inferiores y á mis iguales; los he dado con mis acciones, con mis palabras, con mis escándalos, vuestra religion que he deshonrado, vuestra gracia que he desechado, vuestros sacramentos que he profanado, todos los bienes que me habéis confiado, de todo he abusado, todo habla, todo levanta la voz contra mí. El cielo y la tierra me condenan, no me queda otra cosa que recurrir á vuestra misericordia. La imploro, ¡oh Jesús mío! con un vivo dolor de lo pasado y con un firme propósito de ser en adelante mas fiel.

Tercero. *El administrador es obligado á dar sus cuentas.* "Dame cuenta de tu manejo...." *¿Qué golpe de rayo para este hombre que acaso jamás habia dado cuenta alguna, que nada tenia en orden, que se consideraba como propietario, que lo disipaba todo, que de todo se servia según sus deseos! ¡Ah! reconoce finalmente que hay un Señor á quien es necesario dar cuenta...* *¡Oh hombres que no tenéis sino algunos pocos dias que pasar sobre esta tierra! ¿Os olvidareis vosotros quienes tenéis un Señor á quien será necesario dar cuenta? ¿esperareis al último momento á preparar la cuenta exacta de toda vuestra vida? ¿será buen tiempo de prepararla cuando será necesario darla, cuando se os pedirá con el extremo rigor? ¡Alma mía! ¿no temblas á esta sola reflexion? ¡Oh Dios mío! haced que en adelante yo sea mas sabio, que lo tenga todo en orden, que no deje pasar un día sin examinarme atentamente, sin examinar el estado de mi administracion, para reparar desde luego todo el perjuicio que habrá podido causar mi negligencia.*

Cuarto. *El administrador es privado de su empleo.* "Porque ya no podrás por mas tiempo administrar...." Vendrá un día en que se nos quitará la administracion, en que todos seremos despojados de todas las cosas. Para muchos ya llegó, y entre ellos para varios de los que hemos conocido: para nosotros vendrá tambien, y cuando llegue una vez, se nos quitará la administracion de los bienes de este mundo; la privacion será eterna é irremediable. *¡Ah! ¿no sacaremos jamás una consecuencia practica de una tan sensible y tan perceptible verdad? ¿viviremos siempre como si á nosotros perteneciese este mundo, como si no hubiésemos de salir jamás de él, como si no debiésemos dar cuenta á quien nos ha puesto en él, de la manera como hemos vivido, y como si una eternidad de suplicios no debiese ser el castigo de nuestra infidelidad, ó una eternidad de deliciosas recompensas de nuestra fidelidad?*

PRUDENCIA DEL ADMINISTRADOR. **PUNTO II.** *Prudencia activa, busca la manera y los medios de ajustar sus negocios. . . .* "Y dijo dentro de sí: ¿Qué haré porque un señor me quite la administración? Cavar no puedo, de pedir limosna me avergüenzo. . . ." En la necesidad extrema en que me hallo, solo tengo estos dos partidos que poder tomar, y ciertamente á ninguno de ellos puedo resolverme. Ricos del siglo, hombres acaudalados, voluptuosos, avaros apegados á vuestras riquezas, para vosotros principalmente propono Jesucristo esta parábola. Administradores infieles, entrad dentro de vosotros mismos! Acordaos que bien presto debéis morir; pensad los medios de satisfacer por vuestras culpas y de salvar vuestra alma. ¿Pero qué se ha de hacer para esto? Ayudad, mortificad vuestra carne, vestid si es necesario un saco y un cilicio. ¡Ah! no me siento con fuerzas, no estoy acostumbrado á estos penosos ejercicios. Y bien, retiraos del mundo, vivid de solitarios, no os vea ya jamás el mundo sino en las iglesias, atendida á la meditación y á la oración. ¡Ah! no tengo valor, no sé resolverme á empujar un género de vida tan diferente del que hasta ahora he llevado. ¿Y qué se diría de mí? No, esto me es imposible. . . . ¿Ay de mí! ¿y cuán dignos sois de compasión por tener tan poca fuerza y tan poco ánimo! Pues mirad: Dios es tan bueno, que se compadece de vuestra flaqueza y de vuestra debilidad, y si tenéis un verdadero deseo de salvarlos, él mismo os quiere para esto suministrar un medio fácil.

Lo segundo. *Prudencia eficaz.* Este administrador encuentra un medio de echarse fuera de este embarazo y lo pone en ejecución. . . . Sé, dice, lo que he de hacer para que cuando se me quite la administración, tenga quien me reciba en su casa. Llamó, pues, á cada uno de los deudores de su señor, y dijo al primero: ¿cuánto debes á mi señor? Y él le dijo: cien barriles de aceite. Y le dijo: toma tu recibo, séntate, y escribe luego, cincuenta. Después dijo á otro: ¿y tú cuánto debes? Y este respondió: cien coros² de trigo. El dijo, toma tu recibo y escribe ochenta. . . . Y el Señor alabó al ministro fiel, porque había obrado prudentemente. . . . No pudo dejar de alabar la industria de este hombre, que con una sagacidad más prudente que justa, se buscaba un socorro para el tiempo en que le sería quitada la administración. Tenemos nosotros esta luz para descubrir lo que debemos hacer para nuestra salvación, y este cui-

1 El barril de que usaban los hebreos cabía como diez y ocho libras y diez onzas de las nuestras.

2 El coro como de cinco fanegas castellanas.

dado de ponerlo efectivamente en práctica? Perdonando á los hombres las culpas que han cometido contra nosotros y que miran aun mucho más á Dios, satisficemos á nuestras deudas para con Dios. Haciendo limosna, nos haremos amigos que nos recibirán en el cielo. En esto seremos prudentes sin ser injustos, porque en esto seguiremos la voluntad de nuestro divino Señor, y al mismo tiempo aseguraremos nuestra eterna salvación.

Lo tercero. *Prudencia superior á la nuestra.* "Porque (añadió Jesucristo) los hijos de este siglo, son en su género más sabios que los hijos de la luz. . . ." Los hijos del siglo son aquellos que solamente piensan á la vida presente y que solamente entienden en lo que les interesa sobre la tierra. Los hijos de la luz son aquellos que saben que hay otra vida, que aspiran á esta vida eterna y que la desean y trabajan por salvarse. Nosotros sin duda tenemos la dicha de ser de este número; pero comparemos ahora nuestra prudencia para los intereses eternos con la prudencia de los mundanos para los intereses temporales y veamos cuán superior es esta á la nuestra. Superior por la acción. No temen inmodestia alguna, y aun es máxima suya que nada se adquiere sin pena, y por eso no perdonan fatigas, cuántos movimientos, cuántas atenciones, cuántos viajes, cuántos embarazos, cuántos peligros! Superior por la instrucción. No quieren ignorar de cuanto les puede ser de provecho: estudian, examinan, profundizan, consultan, preguntan, se informan, tienen fijo siempre el espíritu en tal cosa; lo escuchan todo, de todo se aprovechan. Finalmente superior superior por expedientes. El mal éxito de algún negocio no los desanima; obtienen su intento aun en los negocios más escabrosos; entonces principalmente manifiestan su actividad y su habilidad. No hay medios que no inventen, tentativas que no hagan ni diligencias que no pongan en ejecución; en las mayores desgracias saben hallar el secreto de encontrar aun remedios, como el administrador de nuestro Evangelio. ¿Ay de mí! ¿Es posible que estos hombres sean tan prudentes por la tierra y que nosotros lo seamos tan poco por el cielo? Nosotros querríamos que todo fuese fácil y que no nos costara ni pena ni trabajo. Creemos saberlo todo y no procuramos saber ya cosa alguna. La más mínima contrariedad nos desanima; nuestros defectos y nuestros pecados, nuestras recaídas y flaquezas nos desesperan, y en vez de pensar en los medios de reparar lo pasado y de fortalecernos para en adelante, en vez de volver á empezar con nuevo esfuerzo y valor y con nuevas precauciones, nos sentimos tentados de dejarlo todo, y somos tan imprudentes á las veces, que realmente lo dejamos. Ninguno de estos ejemplos debemos imitar.

PUNTO III.

RELACION DE LA PARÁBOLA CON NUESTRO ESTADO.

Estas relaciones nos las explica el Salvador mismo. . . . "Y yo os digo, que os ganeis amigos de las inicuas riquezas, para que cuando llegéis á faltar, os reciban en las eternas habitaciones. . . ."

Primero. *¿Cuáles son las riquezas de iniquidad?* Para comprender esto, conviene acordarnos que el señor de la parábola no nos representa ya un hombre, sino como hemos dicho, nuestro soberano Señor, Dios mio, el que nos ha confiado los bienes de que hemos abusado y cuya administración se nos quitará bien presto. Con que estas riquezas de iniquidad no son aquí los bienes de nuestro prójimo, porque no nos es lícito tomarlos, para hacernos con ellos amigos en el cielo, y si los hubiésemos tomado, sería necesario restituílos á quien pertenecan; ó si no podemos hallar al dueño los debemos dar á los pobres, y esto sería para nosotros de una estrecha obligación. Pero imitemos la prudencia del economo de la parábola, si como él empleamos para hacernos amigos en el cielo, los bienes de nuestro Señor, de que nos deja aun por algún tiempo la administración antes que le demos nuestras cuentas. Estos bienes son riquezas de iniquidad, ó sea por el uso que de ellos hemos hecho, porque los hemos hecho servir al pecado, al lujo, al escañolado, al juego, ó sea por la manera en que los hemos adquirido; esto es, con demasiada codicia, dureza, solicitud y afán, empleando en esto un tiempo que debíamos al servicio de Dios, á nuestra salvación y á las necesidades de nuestra alma; ó sea, finalmente por la manera con que los hemos poseído mirándolos como verdaderos bienes, apegándonos á ellos, colocando de ellos nuestro amor y nuestra esperanza y escondiéndolos á vista de la necesidad del prójimo y á la de los pobres. Estas son las riquezas con que debemos ahora hacernos amigos en el cielo, antes que para siempre nos las quite la muerte.

Segundo. *¿Cuáles son los amigos que podemos hacernos con estas riquezas?* Los pobres que preservaremos del pecado aliviando su miseria y las siervas de Dios que consagramos su vida al servicio de los pobres en aquellas casas que subsisten solo por aquellas limosnas que les vienen suministradas; los pobres voluntarios, que por atender únicamente á su salvación y á la de los prójimos, se han despojado de todo, y enyo reconocimiento mereceremos con nuestra liberalidad; las almas que padecen en el purgatorio, los santos también que están en el cielo y que pueden á este precio venir á ser nuestros amigos por las limosnas que haremos por su respeto, y por el cuidado que podemos to-

marnos de acrecentar su culto y de adornar sus templos y sus altares.

Tercero. *¿En qué ocasión tendremos nosotros necesidad de estos amigos?* Durante la vida, para obtenernos gracias de conversión, de fervor y de esfuerzo; en la muerte para obtenernos gracias de paciencia, de resignación, de perseverancia, y después de la muerte para suplir con sus oraciones y con sus méritos á la debilidad de nuestra penitencia y á las satisfacciones de que nos hallaremos deudores para con nuestro Señor por nuestros pecados. Hallándonos entonces que se nos ha quitado ya la administración, tendremos necesidad de encontrar amigos á quienes podamos tener recurso.

Cuarto. *¿Cuál será entonces el poder de estos amigos?* "De recibirnos en las habitaciones eternas. . . ." En el cielo, en la habitación de los bienaventurados. Esta expresión es tan fuerte y tan enérgica, que hay peligro de quitarle la fuerza queriéndola explicar; parecia tambien acaso excesiva si no hubiese salido de la boca del Salvador mismo. . . . ¡Oh virtud de la limosna! ¡oh potestad de los pobres! ¡oh poder los santos! ¡ah! No comprendemos nosotros el verdadero uso de las riquezas, y cuán preciosas utilidades podemos sacar disponiéndonos de ellas por el cielo?

PUNTO IV.

DIFERENCIA ENTRE EL ADMINISTRADOR Y NOSOTROS.

Para entender mejor el fin de esta parábola, penetrar su belleza y percibir la ternura del que nos la ha propuesto, no solo es cosa útil considerar sus relaciones como hemos hecho ahora, sino tambien sus diferencias, y á esto nos aplicamos aquí, consideremos, pues:

Lo primero. *Que el medio de que se valió este administrador era injusto.* Se hacia amigos á costa de su señor, haciéndole daño, cometiendo un hurto y una injusticia. . . . Si su señor lo alabó bajo de un aspecto, no podía aprobarlo en todo. . . . Pero nosotros, imitando al administrador, no cometemos injusticia alguna contra nuestro Señor y no le hacemos algun agravio. El no tiene necesidad de los bienes que nos ha confiado. Por esto aunque le pertenecen y deba pedirnos cuenta, con todo, si después de una mala administración nos servimos de ellos para hacernos amigos en el cielo, no solo alabará nuestra prudencia, sino que tambien la premiará.

Lo segundo. *El reconocimiento de los amigos del economo era doloroso, porque era independiente de la voluntad de su Señor; pero el de los amigos que nos hacemos con la limosna, viene de*

canonice nuestra conducta y que nos engañemos á nosotros mismos? Dios ve el fondo de nuestro corazón y por medio del corazón debemos justificarnos á sus ojos.

Segundo. *Máxima sobre el juicio de los hombres.* "Porque aquello que es sublime según los hombres, es abominable delante de Dios..." ¡Oh cuántas abominaciones escondidas bajo el velo de cosas grandes, ilustres y sublimes, autorizadas y acreditadas en el mundo! ¡Estas máximas de honor, de gloria, de placer, de fortuna, de lujo, de opulencia, de engrandecimiento y de elevación que el mundo despacha como sentimientos de almas nobles y sublimes, no son por ventura muchas veces otras tantas abominaciones delante de Dios? ¡Ah! ¡los juicios de Dios son diferentes de los juicios de los hombres! pero ¡oh y que vergüenza para estos hombres engañados, cuando se les caerá la máscara del rostro, cuando serán destruidas aquellas exterioridades de que andaban cubiertos, y no les quedará otra cosa que la abominación que Dios veía en ellos y será manifestada á los ojos del universo! Entonces subsistirá el juicio de Dios y todas las inteligencias criadas de los hombres, de los ángeles, los santos y los réprobos lo aplaudirán.

Tercero. *Máxima sobre el Evangelio.* "La ley y los profetas hasta Juan, desde entonces viene predicado el reino de Dios, y todos hacen fuerza contra él..." En vano, pues, los fariseos querían justificarse sobre la ley, bien que interpretada á su modo, á esta ley antigua sucedía la nueva, la ley del Evangelio, la ley del reino de Dios, ley más santa, más perfecta, más clara que la antigua, ley de pureza, ley de desapego, ley de abnegación, de dulzura y de paciencia; ley á la que es necesario creer y obedecer. Pero bien lejos de someterse á esta ley del Evangelio y del reino de Dios, se sublevaron de todas partes contra ella. Los fariseos comovían todo el mundo á declararse en contra; no cesaba de combatirla y de perseguirla. La habían perseguido en la persona de Juan que la había anunciado; la perseguían actualmente en el Mesías, en el Soberano legislador que la promulgaba; la persiguieron después en los apóstoles que la anunciaron y en los cristianos que la abrazaron. ¡Ay de mí! ¡Ahora es combatida y lo será de los hombres carnales hasta el fin de los siglos; pero á pesar de todos estos esfuerzos, ella subsistirá y triunfará siempre. Pensemos, pues, que nosotros vivimos bajo de esta santa ley y que debemos vivir de una manera digna de ella, sufrirlo todo por ella y hacernos violencia á nosotros mismos para perseverar en la observancia de sus preceptos y recibir después la recompensa.

Cuarto. *Máxima sobre el cumplimiento de la ley.* "Y es más fácil que pase el cielo y la tierra que el que caiga un solo ápice de la ley. Cualquiera que repudia la propia mujer y toma otra, comete adulterio y el que se casa con la

que ha sido repudiada por el marido, comete adulterio..." Todo el culto figurativo y profético de la ley antigua ha tenido su cumplimiento en la nueva. Todos los preceptos de las costumbres contenidas en la ley antigua, han sido renovados, declarados y perfeccionados en la nueva, bien lejos de ser destruidos y aniquilados en ella como suponían los fariseos. El Salvador cita por ejemplo la disolubilidad del matrimonio, que es una ley del Evangelio. "Si tal ha sido la firmeza de la ley antigua, cuál será la inmutabilidad de la ley nueva, sobre la cual vivimos; ¡Ah! Pasarán el cielo y la tierra; el mundo que profana y desprecia esta ley, pasará; pero no caerá á tierra un solo punto de esta santa ley; un solo punto de ella no habrá cuya fiel observancia no sea enteramente recompensada ó enteramente castigada su trasgresión. A esto debemos aplicar nuestro espíritu, y sobre esta importante máxima debemos arreglar nuestra vida.

PETICION Y COLOQUIO.

No, ¡oh Salvador mío! ninguna de vuestras leyes será jamás abrogada, y si estas me parecen alguna vez superiores á mi debilidad, dignaos vos de templarlas y hacérmelas suaves con vuestra gracia. Tened lejos de mí, ó Jesús aquella cobardía que querria por decirlo así, entrar en pacto con vos y suavizar vuestros preceptos ó mitigar su rigor. Concededme aquel valor que es necesario para observarlos, combatiendo incesantemente contra mí mismo y haciéndome continua violencia. Amen.

MEDITACION CCLII.

EL RICO MALVADO Y LAZARO.

S. Luc. XVI. v. 19. 22.

DE LA DIFERENCIA DE SU SUERTE.

Examinemos cuál fué esta diferencia. Primero, durante su vida. Segundo, en su muerte. Tercero, después de su muerte.

PUNTO I.

DE LA DIFERENCIA ENTRE EL RICO Y LAZARO DURANTE SU VIDA.

"Había un cierto hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo y hacía todos los días espléndidos banquetes y había un cierto mendigo, por nombre Lázaro, el cual lleno de llagas, yacía á su puerta, deseoso de hartarse de

las migajas que caían de la mesa del rico y ninguno se las daba; pero los perros iban á lamerle las llagas..."

Para confirmar el Salvador cuánto había dicho en orden al desapego de las riquezas y al uso que de ellas se debe hacer, añadió esta parábola, ó según algunos, esta historia, pero propuesta en estilo de parábola y de la cual algunas cosas son traídas solo en un sentido figurado, que contiene las más terribles verdades. Aquí, pues, se trata de dos hombres bien diferentes el uno del otro.

Primero. *Diferencia notable por los bienes de fortuna.* El uno era rico, y como habla el mundo, se comía lo suyo honradamente. Iba sobriamente vestido de púrpura y de lino, su casa estaba abarrotada de las más brillantes conversaciones, su mesa estaba siempre magníficamente preparada, y en ella había cada día suntuosos banquetes en que reinaban igualmente la delicadeza y la abundancia... El otro era un pobre mendigo que estaba tendido á la puerta del rico, donde no deseaba otra cosa que hartarse y satisfacer la hambre que padecía, con las migajas y desperdicios que caían de su mesa; pero ni siquiera pensaba ninguno en darle esta poca de alivio.

Segundo. *Diferencia notable por la sanidad del cuerpo.* El rico gozaba una perfecta sanidad que lo tenía en un delicado ocio. El pobre, incapaz de ganarse la vida con su trabajo, estaba cubierto de llagas, apenas podía arrastrarse y estaba obligado á estar tendido á la puerta del rico. ¡Oh Providencia de mi Dios! ¿Es posible que el mismo Padre haga entre dos hijos una división tan desigual de sus bienes? ¡Oh y cuán profundas son vuestras miras, oh Señor, cuán sublimes y cuán adorables! Tengamos paciencia, esperemos el día de las misericordias y de las venganzas, entonces la escena se mudará.

Tercero. *Diferencia notable por los sentimientos del alma.* El rico entre su abundancia, ciego de los placeres y lleno de orgullo, se miraba á sí mismo y á sus semejantes como de otra especie diferente de los otros hombres. Ni se dignaba siquiera de echar una mirada de compasión sobre el miserable que estaba tendido á su puerta, ni tampoco de decir á alguno de sus criados que le diese algún socorro; habría creído con esto deshonrarse, y los criados tan duros como su señor, no pensaban más que él en socorrerlo. Se mostraban más compasivos los animales, los perros, que estos hombres aparentaban bien, pues iban á la puerta á lamer las llagas de Lázaro. ¿Se podrá presumir que este rico voluptuoso creyese en la otra vida y pensase que hay un Dios vengador de los derechos de la humanidad? ¡Ah! Podemos creer que en este punto fuese semejante á aquellos que ponen la propia felicidad en los bienes de este mundo? ¿Qué monstruo, pues, debía ser delante de Dios este rico tan admirado y tan aplaudido de los hombres? Pero ¡oh, cuán

eran los sentimientos de Lázaro de vista de su miseria y de la dureza de este rico malvado! Padecía él con paciencia, adoraba la mano de Dios que lo castiga y lo hería, se sometía con resignación á las órdenes rigurosas de la Providencia, esperaba el fin de sus males y esperaba también las recompensas prometidas á los que en aquel estado, en que Dios les ha puesto, no se apartan jamás de su santísima voluntad. ¿Quién podrá contenerse y no admirar unos sentimientos tan heroicos? ¡Ah! son bien dignos de Dios y de las recompensas del cielo.

PUNTO II.

DIFERENCIA DEL RICO Y LAZARO EN LA MUERTE.

Primero. *Diferencia en la memoria de lo pasado.* Ahora el pobre Lázaro se halló en el término de su carrera; lo mismo le sucede al rico, y en este punto, antes aun de espirar, he aquí los dos iguales. Su fortuna, su poder, su miseria, todo entre ellos es igual. ¡Oh muerte, oh muerte cruel! Tú ponés á un mismo nivel todos los hombres porque todo se les quita. Al rico ya nada le queda de los delicados que ha gustado, el mundano nada de las necias alegrías que ha amado, el avaro nada de las vanas riquezas que acumuló, el pecador nada de los venganzosos placeres que ha buscado, al alma disipada y cobarde nada de la falsa libertad que se ha procurado; todo se pasó ya, todo se acabó. Nada asimismo le queda al desgraciado, Lázaro de la miseria que ha padecido; al penitente nada de la mortificación que ha practicado; al religioso nada de la dependencia que abrazó; al alma fervorosa y recogida nada de la violencia que siempre se ha hecho; todo se pasó ya, todo se acabó. Y de todo lo pasado no queda entonces al uno y al otro más que la memoria. Pero ¡oh, y qué diferentes efectos produce en el corazón de los dos este recuerdo! ¡oh memoria amarga para los unos! ¡oh memoria de consuelo para los otros! El hombre más voluptuoso querria entonces haber pasado su vida en la penitencia y el alma más tibia querria haber vivido en el fervor... ¡Pero deseo quimérico y engañoso! Es imposible gustar la satisfacción y contento de haber practicado la virtud y sus obligaciones, si de hecho no se han practicado ni cumplido. Si queremos gozar una tan dulce consolación en la muerte, el solo medio de procurárnosla es el vivir ahora como querriamos entonces haber vivido y hacerlo sin dilación, porque la muerte no puede estar muy lejos, y los proyectos, aun los más bellos, pero sin ejecución, serán entonces incapaces de disminuir nuestra amargura y dolor.

Segundo. *Diferencia á la vista de lo venidero.* Lázaro en su próxima muerte no ve otra cosa que

el fin de sus males, las misericordias de Dios y las recompensas que espera. El rico no ve otra cosa en el fin de sus placeres, y si tiene algún vialumbro de la religión, la justicia de Dios y sus venganzas; y si no lo tiene una incertezza cruel y desesperada. ¡Ah! ello es cierto, que es sumamente amarga la muerte para aquellos que han establecido y colocado su reposo y su felicidad en los placeres de este mundo. Aquellos son sabios que emplean la vida presente, de manera que puedan esperar en la muerte su felicidad por lo venidero. Queremos ser de este número? Pon-gamos desde ahora mano á la obra, no perdamos un momento y perseveremos valerosamente hasta el fin.

Tercero. *Diferencia en los sentimientos de la presente.* Lázaro acostumbrado á padecer y á ofrecer sus penas á Dios, toleraba con alegría y consuelo los dolores de una muerte que le anunciaba su eterna salud y felicidad. Pero ¡oh cuán duro le debió parecer á este rico voluptuoso el sentir los dolores de la enfermedad; ver aquel cuerpo que había idolatrado perder su color, su frescura y su fuerza, caer en delirio para resolver dentro de poco en podredumbre en un sepulcro sin que la compasión de sus amigos ni la atención de sus criados, ni los suspiros del arte puedan disminuir sus dolores ni arrebatarlo de los brazos de la muerte. Y ¡oh qué penas son estas cuando no vienen aligeradas por algún motivo de religión ni por alguna esperanza de la otra vida! ¡qué terrible situación! ¿no será esta algún día la nuestra? Aprendamos pues á bien morir con disponernos cada día y hacer buen uso de los bienes y de los males de la vida presente.

PUNTO III.

DE LA DIFERENCIA ENTRE EL RICO Y LÁZARO DESPUÉS DE LA MUERTE.

Primero. *Diferencia en la acogida hecha á sus almas al salir de este mundo.* Sucedió, pues, que el mendigo murió y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Y murió también el rico y fué sepultado en el infierno. Haga aquí la filosofía sus reflexiones sobre un suceso que cada día se renueva delante de sus ojos. Sigamos nosotros las luces de nuestro divino Maestro, que penetran aun mas allá de la muerte y nos revelan cuanto sucede en la eternidad. Al dejar esta vida, Lázaro fué acogido y recibido de los ángeles de Dios, conducido y llevado entre sus manos. Este pobre que ni aun parecía digno de una mirada, cuya vista causaba horror y cuyas llagas eran lamidas de los perros; he lo aquí servido de los ángeles y hecho su conueudado. El rico inhumano, en el dejar esta vida fue arrebatado de los demonios; de quienes viene

é ser presa y víctima. . . . ¿Dónde están los amigos de su mesa, los compañeros de sus placeres, los criados que tenía en tanto número? Están aun sobre la tierra. Han podido estos aliviarlo, consolarlo aun en el lecho de su dolor; podrán acompañar su cadáver hasta el sepulcro, pero de allí para adelante él ha pasado solo y no encuentra otra compañía que la de los demonios. ¡Oh Dios! ¡qué catastrofes! ¡qué cambio de escena para el uno y para el otro!

Segundo. *Diferencia en la habitación que les fué señalada en el otro mundo.* Lázaro, llevado por los ángeles, fué puesto en el seno de Abraham, esto es, en el limbo de los padres, en aquel delicioso reposo donde las almas santas esperaban la venida del Salvador que les debía abrir el cielo y procurarles el gozar de Dios mismo. . . . ¡Ah! ahora esta habitación gloriosa está abierta á nuestros deseos, y después de esta vida son colocados en el seno de Dios aquellos que por su fervor, por los sufragos de la Iglesia y por los Sacramentos, han acabado de purgar las reliquias de sus pecados y de purificarse las manchas inevitables á la fragilidad humana. ¡Oh, qué felicidad! ¿Qué cosa no debemos emprender, qué cosa no debemos sufrir para llegar á ella? El rico fué precipitado por los demonios y sepultado en el golfo del infierno para sufrir y padecer allí tormentos eternos. Así se disuelve la escena de este mundo, donde el impio se ve ensalzado y oprimido el justo; he aquí la solución de aquella dificultad, la reparación del escándalo y la justificación de la Providencia. . . . ¡Oh, y cuán limitados somos, cuán cortas nuestras miras, cuán débiles en nuestros medios y cuán inconsiderados en nuestros juicios! Querriamos que los desigmos de Dios se nos aclarasen y manifestasen sobre la tierra, y que aun desde esta vida tuviesen su debido cumplimiento. ¡Ay de mí! tenemos en mira solo esta vida y olvidamos fácilmente que Dios reina en la eternidad.

Tercero. *Diferencia en las exequias que se hacen á sus cuerpos.* Estando ya instruidos del destino de sus almas, ¿con qué ojos veremos la diferencia de sus funerales? ¿despreciaremos nosotros esta simple sepultura que se da al pobre Lázaro? ¡Ah, ojalá que pudiese mi cuerpo ser sepultado como el suyo y colocada como la suya mi alma! ¡Admiramos nosotros la pompa fúnebre y el numeroso cortejo que acompaña el cadáver del rico al soberbio mausoleo que se le ha erigido? ¡Ah, desgraciado! ¿de qué te sirve este último aparato de tu pasada grandezza? . . . Borrado tu nombre del libro de la vida, ha caído en un eterno olvido, y el de Lázaro vivirá eternamente. En el último día el cuerpo de Lázaro, igualmente despreciado durante su vida que después de muerto, resucitará glorioso para participar de las delicias de su alma, y el tuyo cubierto en vida de vestidos preciosos y cebrado después de muerto debajo del mármol del pórfido,

saldrá de sus cenizas hediondo y abominable para participar del suplicio eterno á que estás condenado. ¡Oh escena del mundo, qué vana eres y qué engañosa! ¡qué mudanza se debe, pues, hacer un día en el destino y en la condición de los hombres!

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mío! haz que yo me haga digno de aquella felicidad que goza en el cielo aquel pobre que purgado en la tierra con tanto padecer y que ya libre de todos los males que tienen solo la apariencia, pero que en si son verdaderos bienes, reposa ahora en vuestro seno con todos los justos y en él goza y está colmado de una consolacion infinita. Amen.

MEDITACION CCIII.

CONTINUACION DEL RICO MALVADO Y DE LAZARO.

San Luc., XVI, v. 23, 26.

SUPLICIOS DEL RICO MALVADO.

Primero suplicio, pensar que hay un paraíso; segundo suplicio, experimentar que hay un infierno; tercer suplicio, comparar los bienes y los males del tiempo con los de la eternidad; cuarto suplicio, estar seguro de una eternidad de penas.

PUNTO I.

PRIMERO SUPPLICIO, PENSAR QUE HAY UN PARAÍSO.

Primero. *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso lleno de inmortales delicias.* "Y alzando los ojos estando en los tormentos, vió desde lejos á Abraham y á Lázaro en su seno. . . ." Mientras que vivimos aquí en la tierra, todas nuestras miras están vueltas hacia la tierra para buscar en ella nuestra felicidad. Los bienes que aquí poseemos se pegan á nuestro corazón y lo ocupan enteramente. Los placeres que en ellos se gustan nos halagan y nos trasportan de modo que nos contentaríamos para siempre y consentiríamos en no tener jamás otros. El encanto, ó por mejor decir, el furor, van tan adelante que aun incapaces de satisfacer y saciar nuestros deseos, cuán viles y vergonzosos, cuán llenos de contrariedades y de agitaciones, y aun que sabemos cuán frágiles son y estamos ciertos de que se nos han de quitar un día, todavía na-

da de todo esto puede hacernos alzar los ojos hacia el cielo y pensar en su ella habitación de reposo, de tranquilidad, de gloria y de delicias inmortales. Las miserias mismas de esta vida, los males, las desgracias, las enfermedades y la caducidad, no despegan de ellos nuestro corazón y no nos llevan á pensar que hay un paraíso donde está en nuestra mano procurarnos un puesto. ¡Oh ceguedad! ¿son, pues, necesarios los tormentos del infierno para hacernos pensar en él? Si, entonces pensaremos en él, pero inútilmente, y este mismo pensamiento que sobre la tierra hubiera sido causa de nuestra salvacion, servirá solamente entonces para aumentar nuestro suplicio y tormento.

Segundo. *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso perdido para ellos.* "Vió desde lejos á Abraham. . ." Quien piensa en el cielo sobre la tierra y trabaja para adquirirlo, lo ve de cerca: esto dulce objeto de su esperanza no está lejos; el intervalo es solamente de algunos dias que bien presto se pasarán. La esperanza misma acerca el objeto; de él le da ya pruebas y anticipa su posesion. Pero el réprobo no lo ve sino en una distancia inaccesible; en él piensa, pero como en el sumo bien perdido eternamente para él. ¡Oh pérdida! ¡oh dolor y amargura indecible! ¡Dios para mí perdido! Dios, criador mio, la fuente y el centro de todos los bienes, lejos para siempre de mí y solo me deja para mí porcion tormentos, justo precio del olvido que he hecho de su ley y del desprecio en que la he tenido.

Tercero. *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso ocupado por otros.* "Vió á Abraham y á Lázaro en su seno. . . ." Los réprobos no ignoran que el paraíso que ellos han perdido está ocupado por otros. Y ¿quién son estos otros? De los Lázaros, de aquellos mismos que ellos han despreciado, burlado, tratado inhumanamente, insultado, calumniado y perseguido. Si, aquellos están en la gloria, en las delicias, y ellos en los tormentos. ¿De quién mas ven los réprobos ocupado el paraíso? De personas del mismo estado, de la misma profesion, de la misma condicion que ellos, de personas que habian encontrado los mismos obstáculos para su salvacion, que habian tenido las mismas pasiones, que se habian hallado en las mismas ocasiones; pero que en vista del cielo habian sabido resistir á todas las cosas y hacerse violencia; de personas, finalmente, que habian pecado otro tanto y acaso mas que ellos, que habian contraído los mismos hábitos que ellos; pero que el pensamiento de la muerte y el desseo de su salud los han movido á un sincero arrepentimiento, les han vuelto otra vez á Dios, los han humillado delante de Dios hasta hacerlos ir á los pies de sus ministros para hacer la confesion sincera de sus desórdenes, y los han, finalmente, empeñado á hacer una vida penitente y del todo nueva. ¡Ah!

exclaman los miserables, ¿y por qué no he hecho yo otro tanto? ¡mi habitación sería el cielo y estoy en el infierno!

PUNTO II.

SEGUNDO SUPPLICIO, EXPERIMENTAR QUE HAY UN INFIERNO.

Primero. *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que hay un infierno, esto es, un lugar de tormentos.* "Exclamando (el rico malo) dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro que bañe la punta de su dedo en el agua para refrescar mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama..." Los tormentos de la tierra, cuanto de mas cruel y de mas bárbaro ha inventado el furor de los tiranos, cuanto de mas doloroso hacen sufrir las mas acerbias enfermedades, todo esto es nada en comparación de los tormentos del infierno. Tormentos universales en el espíritu, en el corazón, en los sentidos, en todas las potencias del alma, en todas las partes del cuerpo, tormentos continuos sin interrupción, sin disminución, sin consuelo, finalmente, tormentos eternos. La tierra es el lugar donde están mezclados los tormentos y los placeres, y el infierno lugar solo de tormentos.

Segundo. *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que allí hay un infierno, esto es, un lugar de fuego y de llamas.* "Estoy atormentado en esta llama..." El fuego de infierno, aquel instrumento terrible de la cólera de Dios, tiene unas cualidades que no son del todo desconocidas é incomprensibles, se pega inmediatamente a los espíritus privados de cuerpo, como á los cuerpos mismos, y sin esplendor y sin luz, obra con discreción y atormenta mas ó menos, á proporción de la multitud y de la enormidad de los pecados, es agudo y penetrante, de modo que el nuestro, en comparación del fuego del infierno, es un fuego sin fuerza y sin vigor, y finalmente, abrasa sin consumir y sin destruir, y por consiguiente sin debilitarse y sin apagarse. Pecador, si por ir al objeto de tu pasión tuvieras que pasar por el fuego, te volverías atrás, y no piensas que siguiendo tu pasión, ella te conduce al fuego. ¡Ah! ¿tú temes el fuego y no temes el infierno?

Tercero. *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que allí hay un infierno, esto es, un lugar de gritos y desesperación.* "Exclamando dijo... ten misericordia de mí... La punta del dedo en el agua para refrigerar mi lengua..." En el infierno no hay ya mas piedad, ya no hay mas misericordia, ya no hay consuelo, no hay alivio; la mas mínima disminución de penas, el mas mínimo alivio pedido por

favor y deseado con ansia en tan horribles tormentos, les es absolutamente negado. De aquí se excita en el corazón de los réprobos una rabia y un furor que no se pueden concebir. Se la toman con Dios, que querrian derribar de su trono, se la toman con los compañeros de su suplicio, con los demonios que los han tentado, con los seductores que los han engañado, con los cómplices de sus desórdenes que los han animado; se la toman consigo mismos; se maldicen, se despedazan; querrian en una palabra aniquilarse, aniquilar al mismo Dios y todas las criaturas. Todo se les niega á sus deseos. ¡Ah! de qué gritos, de que alaridos retumbarán continuamente los profundos abismos! ¡Qué habitación es, pues, la del infierno! ¡Ah Señor! es ya muy tarde el implorar vuestra misericordia en el infierno; yo la imploro ahora. Tened piedad de mí, oh Dios mio, oh Padre mio, oh Criador mio y mi Juez; ¡tened piedad de mí! No permitis que yo caiga en aquel horrible golfo y que me ocupe en blasfemaros eternamente. Reconozco que lo he merecido, y sin vuestra infinita misericordia ya estaria en él y ya no habria jamás esperanza para mí. Pero ya que me habeis conservado la vida, me habeis conservado tambien la esperanza y no quereis que yo perezca. Dejais aun á mi disposición el agua de la penitencia; voy á lavarme en ella, á purificarme en ella, y no viviré mas sobre la tierra sino para servirlos; para daros pruebas de mi amor sufriendo con alegría todas las penas que os agrada enviarme, las que siempre me parecerán muchísimo mas ligeras que las del infierno que tantas veces he merecido.

PUNTO III.

TERCER SUPPLICIO, COMPARAR LOS BIENES Y LOS MALES DEL TIEMPO CON LOS DE LA ETERNIDAD.

Primero. *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, compararlos con los bienes y con los males de la eternidad y ver su infinita desproporción.* "Y Abraham le dijo: hijo acuérdate que recibiste los bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males; pues ahora él es aquí consolado y tú atormentado..." Si, el réprobo se acuerda de eso y esta memoria es para él un cruel suplicio. ¡Ah! va diciendo entre sí mismo; ¿qué bienes han sido los de la tierra por los que yo estoy privado de los bienes del cielo y sufro las males del infierno? ¿Qué males han sido los de la tierra, por los cuales aquel otro esta libre de los males del infierno y goza los bienes del cielo? ¡Ah! ¿eran grandes aquellos bienes de la tierra que me han cerrado el cielo y abierto el infierno? ¿podian acaso ellos saciar y satisfacer? ¿eran bie-

nes tranquilos? ¿estaban acaso sin mezcla de males? ¿eran continuos, duraderos y eternos? Pero he aquí en materia de bienes cual ha sido mi porción. Los he recibido, y ya no recibiré jamás sino males, y males crueles continuos é interminables... Y cuáles han sido los males de la tierra que han cerrado el infierno y abierto el cielo á aquel otro? ¿eran males devorantes sin consuelo, sin respiración, sin esperanza y sin alguna mezcla de bienes? He aquí que por solos los males que aquel ha padecido y padecerá ya otros jamás, por aquellos pretendidos males que ha sufrido, está ya destinado á llevar corona en la cabeza y á gustar delicias inefables y eternas.

Segundo. *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, comparándolos con los bienes y los males de la eternidad y ver la necesidad de su elección.* Soy yo, se dirá á sí mismo el réprobo, yo soy el que he hecho una elección tan insensata. He tenido delante de mí el pecado con todos sus falsos atractivos, con sus vanos placeres, con sus frivolidades, con sus bienes químicos y sabia sus consecuencias. He visto la virtud con sus rigores, con su austeridad, con su gravedad, con su silencio, con su paciencia, con su solicitud, con su pureza, con su modestia, con su recogimiento, y conocia sus recompensas. He visto á los que habrian escogido el pecado, y no obstante sus placeres, los he visto atemorizados, inquietos y jamás satisfechos. He visto tambien los que habian escogido la virtud, y no obstante sus mortificaciones, los he visto gozar de una paz envidiable, consolante y siempre contentos de todo. He experimentado yo mismo la una y la otra situación. He pasado de un estado al otro, y bien que mi experiencia haya estado toda en favor de la virtud, he escogido con todo eso el pecado y á él me dediqué. ¿Qué cosa, pues, me ha determinado á una elección tan funesta y tan insensata? ¡Ay de mí! por gustar un placer momentáneo, por gozar de una libertad fatal, por no privarme de una vana satisfacción, por no hacerme un poco de violencia que habria debido tener en la confesion, una palabra de burla ó de desprecio que en el mundo me habria convenido sufrir, un poco de sujeción que me habria sido necesario tomar, un poco de atención que habria debido tener en mí mismo, he perdido el cielo y me he precipitado en el infierno. ¡Oh furor! ¡oh necesidad! pero necesidad irreparable y sin remedio.

Tercero. *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, comparándolos con los bienes y los males de la eternidad y ver en ellos la equidad de los juicios de Dios.* A la memoria de los falsos y fugitivos bienes que ha gustado sobre la tierra y por los que viene negada la entrada en el cielo, y está agravado de los tormentos del infierno, entrará el réprobo en furia y en una horrible deses-

peracion, vomitará mil blasfemias contra el cielo y contra Dios; pero se verá obligado á volver su furor contra sí mismo y á reconocer la equidad de los juicios de Dios. Los bienes que ha gustado el pecado eran nada en sí mismos; pero estos bienes estaban prohibidos por el Criador y por el soberano Señor de todas las cosas, el cual pedia esta señal de sumision y de dependencia, estaban prohibidos bajo la pena del infierno para aquellos que los gustasen y con promear del cielo para aquellos que se abstuviesen de ellos. Ahora pues, haber puesto debajo de los pies la ley de Dios, haber igualmente despreciado sus promesas y sus amenazas, y esto por un bien tan vil, tan despreciable y tan pasajero, es un pecado que el infierno jamás podrá borrar. Los males que se hallaban en la virtud eran nada en sí mismos, es verdad; pero abrazados y sufridos por amor de Dios, por obedecer á su ley y por el temor de ofenderlo, abrazados y sufridos, sostenidos y continuados hasta la muerte sobre la fe de su palabra, de sus promesas y de sus amenazas, son un homenaje digno de Dios, y homenaje que la grandeza de Dios requiere que sea recompensado por Dios.

PUNTO IV.

CUARTO SUPPLICIO, ESTAR EL RÉPROBO SEGURO DE UNA ETERNIDAD DE PENAS.

La eternidad presenta al espíritu de un réprobo tres objetos que sin cesar lo atormentan y lo llevan á la desesperación.

Primero. *El infierno en que está detenido y del que no podrá jamás salir.* Anadió Abraham... "Fuera de que no hay un grande abismo entre nosotros y vosotros; de donde los que quieren pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de ese lugar pasar hasta aquí..." No se puede concebir ni exprimir cuán horribles sean los tormentos del infierno; pero con todo, serian como nada si se hubiesen de acabar un dia, aun cuando fuesen después de siglos y de millones de siglos. La esperanza de este término cambiaria la naturaleza del infierno y mitigaria en él todos los tormentos; pero lo que pone el colmo al rigor de estos atroces suplicios, es la certeza de que serán siempre los mismos y de que jamás se acabarán. Siempre arder, no cesar jamás; siempre, para siempre jamás, he aquí las terribles palabras de que retumba el infierno. Si pudiese á lo menos un condenado retirar su espíritu de un tan cruel pensamiento; pero no, el rigor de los tormentos continuamente se lo presenta, y este horrible pensamiento pone continuamente el colmo á todos sus tormentos.

Segundo. *El cielo donde él no se halla, de donde no saldrán jamás los que están en él.* La mis-

ma eternidad que hace el suplicio y la desesperación de los réprobos, pone el colmo á la felicidad y al reposo de los escogidos. Ninguna cosa turbará jamás su felicidad; no se acabará jamás y están seguros de gozarla eternamente. Un caos inmenso los separa para siempre de la multitud de los réprobos, y la alegría de haber evitado una suerte tan espantosa y no haberla de tener jamás, es para ellos un aumento de felicidad, de reconocimiento y de amor. Pero este mismo pensamiento en un sentido opuesto, ¡oh cuán insoportable es para el réprobo! ¡Ay de mí! grita entre sí mismo; aquellos están en las delicias y en ellas estarán eternamente. Yo estoy en los suplicios y en ellos estará eternamente. ¡Oh penitencia! ¿dónde estás tñ? ¡oh sangre del Redentor! ¿qué es lo que te has hecho? Pero gritos impotentes y que jamás encontrarán piedad. ¡Un caos, un intervalo inmenso puesto por las manos de Dios y consolidado por su omnipotencia nos separa para siempre. ¡Oh eternidad, eternidad de delicias para los otros, eternidad de suplicios para mí!

Tercero. *La tierra donde ha vivido, cuyas eternidades toca únicamente y sobre la cual no volverá jamás á vivir.* No hay pasaje desde el infierno al cielo, ó ni del cielo al infierno. Desde el cielo ó desde el infierno tampoco hay pasaje para la tierra para mudar habitación. Desde la tierra solamente está abierto el paso para el cielo ó para el infierno. Nuestra primera demora es sobre la tierra, en esta hemos sido criados, en esta debemos hallarnos por algunos momentos, y desde ella debemos entrar en una eternidad, ó de suplicios si salimos culpados y pecadores, ó de delicias si salimos justos y purificados. Ahora, esta tierra donde nuestra demora es tan breve, donde el réprobo ha vivido y ha muerto es el pecado, pero donde habría podido vivir y morir en la justicia, estará siempre presente á su espíritu, maldecirá su necesidad; deseará volver sobre la tierra, para empezar sobre ella una nueva vida. ¡Y oh qué vida no emprendería! ¿qué objetos podrían jamás lisonjearlo ó tentarlo? ¿qué dolores ni desgracias serían jamás capaces de sacarle una sola queja? ¿qué rigor de penitencia, qué austeridad de vida podría aterrarlo? Pero ¡deseos quiméricos! Se vive solo una vez sobre la tierra, una sola vez se muere en ella, y de aquí se entra en la eternidad; pero de la eternidad ya no se vuelve á habitar en la tierra. Jamás gustarán ya sus conveniencias, los réprobos y los santos jamás correrán ya sus peligros. Nosotros solos, nosotros que vivimos podemos aun abusar ó aprovecharnos de la libertad que Dios nos deja de escoger entre las dos eternidades, debiendo la una ó la otra ser necesariamente y bien presto nuestra porción. No se nos deja la elección entre la tierra y la eternidad, si no entre la eternidad feliz ó infeliz, porque nosotros debemos necesariamente dejar la tierra y

entrar necesariamente en una de estas dos eternidades.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh eternidad á que me acerco en cada instante! si yo hubiera pensado en tí hasta ahora, ¡cuántas culpas habría evitado y qué progreso no habría hecho en la virtud! Estoy resuelto, ¡oh eternidad! no te perderé ya jamás de vista, serás la regla de todas mis acciones. Diré continuamente á mí mismo: yo camino hácia la eternidad, todo lo que hago, lo que pienso, lo que digo, me conduce á la eternidad. ¡Pero á cuál de las dos eternidades van dirigidos mis pasos? ¿á la feliz ó á la infeliz? ¡Ah! pensemos, ¡oh alma mía! porque separada de una vez de este cuerpo vil y despreciable, tu suerte será decidida sin remedio, y de la una de las eternidades en que te hallarás, no verás otra cosa que un caos inmenso entre tí y la otra eternidad. ¡Oh Dios, quién no temerá al meditar de estas verdades! ¡quién podría aun ofenderos, después de haberos bien internado en ellas! Por mí, ¡oh Señor! ya esto es hecho, de texto mi iniquidad y no quiero ya mas recaer en ella. ¡Oh Jesús! quiero ser vuestro en el tiempo y en la eternidad bienaventurada. Amen.

MEDITACION CCIV.

FIN DEL RICO MALVADO Y DE LAZARO.

San Lucas, cap. XVI, v. 27, 31.

DE LA FE DE LA OTRA VIDA.

Primero, de la sabiduría de Dios en la manera con que nos ha hecho conocer esta verdad; segundo, de la necesidad de aquellos que quedan que un muerto resucita-se para asegurarnos de esta verdad; tercero, de la inutilidad de la aparición de un muerto en órden á los que no creen esta verdad.

PUNTO I.

DE LA SABIDURÍA DE DIOS EN LA MANERA CON QUE NOS HA HECHO CONOCER ESTA VERDAD.

“Y (el rico) dijo, pues te suplico ¡oh Padre! que lo envíes á casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos para que les testifique no sea que vengan ellos también á este lugar de tormentos. Y Abraham le dijo: ellos tienen á Moisés y á los profetas, oiganlos...”

Primero. *La importante verdad de la otra vida nos es manifiesta por la tradición.* Dios la re-

veló al primer hombre y por él á toda su posteridad. Adán, después de su pecado, asegurado de haber de morir y advertido de la futura venida de un Redentor en quien debía esperar, no ignoró el motivo por qué quedaba aun sobre la tierra, por el que debía salir de ella, y dónde debía ir dejándola según la manera con que habría vivido en ella. Esta verdad la fueron heredando de padres á hijos hasta el justo Noé y sus hijos, que no la dejaron ignorar á sus descendientes. En todas las naciones se hallan vestigios de esta tradición, bien que mas ó menos alterados por las fábulas y por los sistemas que la fuerza de las pasiones y la debilidad del espíritu humano han hecho inventar.

Segundo. *La importante verdad de una otra vida, nos viene manifestada por la conciencia.* Dios la ha estampado en el corazón del hombre y en la constitución misma de este mundo. Nuestra conciencia, que nos justifica ó nos condena, nuestros deseos insatiabiles é ilimitados, los desórdenes mismos de este mundo y las injusticias que en él se cometen, todo grita una otra vida, todo la anuncia y la prueba... Por otra parte, ¿cuál sería el fin de la creación si no hubiese otra vida? ¿nos habría criado Dios para un momento sobre la tierra, como á las bestias, sin algun otro fin? ¿el vicio y la virtud, el bien y el mal, el culto y la blasfemia, la crueldad y la paciencia, tendrán acaso un mismo mérito á los ojos del Ser Supremo y soberano? ¿tendrá Dios menos equidad que nosotros, nosotros que la tenemos solo porque Dios nos ha impreso el sentimiento de ella?

Tercero. *La importante verdad de la otra vida nos viene manifestada por la Escritura.* Dios la ha descrito en las santas Escrituras que nos ha dejado por testamento. Esta verdad tan importante y tan interesante, tan sensible y tan palpable, si, ha sido puesta en olvido, sofocada y desfigurada por las pasiones de los hombres, que debía ella tener en freno. Dios ha querido todavía imprimirla de nuevo en los escritos inspirados, que durarán hasta la consumación de los siglos y pondrán continuamente delante de los ojos de los mortales el fin para que han sido criados. La ley de Moisés y los escritos de los profetas, ó suponen en todo la verdad de una otra vida, ó formalmente la exprimen. Este es el motivo por qué Abraham responde al rico malvado: “tienen á Moisés y á los profetas, oiganlos.” Pero en la plenitud de los tiempos, Dios, según su promesa, nos ha enviado su Hijo, no solo para asegurarnos de nuevo de la verdad de la otra vida, sino para explicarnos también de una manera que podamos entenderlo y en cuanto es necesario para nuestra salvación, cuanto sucede en esta otra vida. El fuego que quema, abrasa y atormenta los pecadores muertos en su pecado, fuego que jamás se apagará y siempre atormentará. El cielo que colmará de delicias y de glo-

ria á aquellos que habrán creído en él y habrán muerto en su gracia. El Hijo de Dios era aquel á quien pertenecía revelarnos tan importantes secretos; esta que le habia sacado del seno de su Padre; este que estaba encargado de rescatar los hombres, de instruirlos y de juzgar un día los vivos y los muertos; este que del cielo ha venido sobre la tierra y ha vuelto á subir al cielo; este que durante su vida, por prueba de su misión, ha interrumpido á su gusto el curso de la naturaleza, y con una sola palabra ha resucitado los muertos. El que no cree esta verdad sobre un tal testimonio, es un furioso que por su gusto quiere perdarse enteramente á sí mismo. Nosotros en todo caso, creamosla, y de una manera tan firme y tan eficaz, que venga á ser nuestra regla, nuestra fuerza y nuestra consolación.

PUNTO II.

DE LA NECESIDAD DE AQUELLOS QUE QUERRIAN QUE UN MUERTO RESUCITASE PARA ASEGURARNOS DE ESTA VERDAD.

“Pero (el rico) dijo: No, Padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia...” No es cosa rara encontrar personas que para creer ó asegurarse de su fe, querrían tener el testimonio de un muerto vuelto del otro mundo, y justamente para curarnos y sanarnos de esta ilusión hace aquí el Salvador hablar en estos términos al rico malvado. Estemos, pues, persuadidos que un deseo semejante es una necesidad, y hagamos las reflexiones siguientes:

Primera. *La resurrección ó la aparición de un muerto para instruirnos, no conviene á la sabiduría de Dios.* Dios quiere conducirnos por medio de la fe ó de su palabra y no por medio de visiones particulares... Por la fe se han salvado los que nos han precedido, y por ella debemos tambien salvarnos nosotros; nuestra conducta no debe ser diferente de la suya. Si nosotros queremos el testimonio de un muerto, lo querrán tambien otros. ¡Será, pues, necesario que cada hombre tenga su revelacion y vea delante de sus ojos un muerto? Cuando se habrá disminuido la impresion que habrá hecho sobre nosotros aquella vision y nos sobrevendrá otra duda, ¿desearíamos todavía ver un muerto. ¿Sería, pues, necesario enviarnoslo, como tambien á cada uno de los vivientes según su fantasía? ¡qué extravagancia!

Segunda. *La resurrección ó la aparición de un muerto para instruirnos, no conviene al estado de los muertos.* No son los muertos los que están encargados de instruirnos, sino los vivos; nuestros padres, nuestros amos, nuestros pastores, nuestros directores, nuestros predicadores,

Moisés, los profetas, los apóstoles, la Iglesia, Jesucristo Hijo de Dios, que nos ha hablado por sí mismo, que ha inspirado los profetas y los apóstoles y ha dejado su espíritu a su Iglesia. Los muertos no están encargados de este ministerio, y sería una necesidad el esperarlos de ellos. Han sido resucitados muchos muertos por Jesucristo y por sus siervos en el antiguo, y muchos más aun en el Nuevo Testamento; su resurrección ha probado, es verdad, la divina misión de aquellos que lo resucitaban; pero ninguno de ellos ha venido encargado de referirnos cuanto había visto en el otro mundo. Puede Dios haber permitido que algunos muertos se hayan aparecido; pero jamás ha sido para enseñar los secretos de la otra vida. . . . Jesucristo mismo ha resucitado, según lo había prometido, y su resurrección ha puesto el sello á las verdades que nos ha anunciado en el curso de su vida mortal. Las sabía antes de haber bajado al infierno y antes de bajar sobre la tierra; las había sacado del seno de Dios mismo, su Padre, ninguna otra cosa aprendió más con su muerte y con su resurrección; y así después de su resurrección se detuvo con sus discípulos á discurrir del reino de Dios, lo hizo para mostrarles cómo habían de gobernar su Iglesia, y no para enseñarles nuevas verdades, en las que lo hubiese amañado la muerte y que antes no les hubiese enseñado. Consultemos, pues, sus divinos oráculos, estudiemos la Escritura y escuchemos la Iglesia. Es una insensatez esperar de los muertos luces nuevas ó más seguras.

Tercera. *La resurrección ó la aparición de un muerto para instruirnos, no conviene á nuestra presente situación.* ¿Cuál sería nuestra tranquilidad sobre la tierra si estuviésemos siempre en la espectación ó en el temor de la aparición de cualquier muerto? ¿Cuál sería la unanimidad de nuestra fe, si cada uno regulase la suya por lo que habría oído ó creído haber entendido de un muerto, y sobre la interpretación que daría á sus palabras? ¿Cuál, finalmente, sería nuestra desesperación ó nuestra presunción si supiésemos cuál de nuestros parientes ó de nuestros amigos están en el infierno y cuáles en el cielo? Esta será una ojeada que podremos soportar solamente cuando estaremos enteramente unidos á Dios y transformados en él. Luego el deseo de ver muertos para entender de ellos lo que sucede en el otro mundo, es una necesidad de que debemos guardarnos nosotros, y si es posible curar los otros.

PUNTO III.

DE LA INUTILIDAD DE LA APARICION DE UN MUERTO EN ORDEN Á AQUELLOS QUE NO CREEN ESTA VERDAD.

“Y él (Abraham) le dijo: si no oyen á Moisés y á los profetas, ni tampoco creerán aunque

resucitase uno de la muerte. . . .” ¿Por qué? Porque la aparición de un muerto no destruiría los obstáculos que ellos oponen á la fe.

Lo primero. *La aparición de un muerto no almaria las agitaciones voluntarias de su imaginación.* Lo que hace caer y destruye nuestra fe, es que nosotros queremos concebir la naturaleza de los misterios. Por ejemplo, nos dejamos turbar pensando en la eternidad de Dios, en su inmensidad, en la Trinidad de las personas, en la Encarnación del Verbo, en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; queremos formar en nosotros imágenes de estos misterios, y no pudiendo salir bien con ello, caemos en la agitación y somos tentados de creerlos. Nos turba también en modo especial la eternidad de las penas de los réprobos; en vano medimos, calculamos, amontonamos siglos sobre siglos; nuestra imaginación se calienta, caemos debajo del peso de nuestros esfuerzos y á veces concluimos con desear esta verdad, ó por lo menos con dudar de ella, y esto porque no podemos imaginarla. . . . El alma fiel apoyándose únicamente sobre la palabra de Dios, cree los misterios revelados sin hacer algún esfuerzo para formarse imágenes de ellos, se deja penetrar sin turbarse de los sentimientos que estas verdades inspiran, ó sea de respeto, ó sea de amor ó de temor. . . . Pero es posible que la aparición pasajera de un muerto pueda calmar estas imágenes en aquellos en que no puede calmarlas la palabra de Dios siempre subsistente?

Lo segundo. *La aparición de un muerto no podría contener los falsos razonamientos de su espíritu.* Quieren algunos razonar sobre los misterios que son superiores á nuestra razón, se internan demasiado, se alambican los sesos y no producen otra cosa que quimeras; establecen principios que no tienen certeza alguna y sacan consecuencias que no tienen conexión con ellos. Hacen á Dios de la misma naturaleza que los hombres: le atribuyen propiedades humanas, y juzgan de él por sí mismos. Quieren que en el otro mundo tenga la misma conducta que tiene en este; y porque en esta vida está lleno de bondad y de misericordia para con los pecadores, quieren que sea lo mismo en la otra; y porque una eternidad de suplicios sobrepasa su inteligencia y los malvados en las llamas les causan compasión, quieren que lo mismo sea de Dios. . . . El alma fiel cree á la palabra de Dios y en ella encuentra la tranquilidad del espíritu. Sin querer profundizar el abismo de las riquezas de su sabiduría y de su clemencia, se aprovecha aquí en la tierra de sus misericordias, espera sus recompensas y teme sus castigos. Pero cómo la aparición de un muerto, sin consecuencia, sin conexión y sin autoridad, podía refrenar en el incrédulo la pasión de razonar, si la palabra de Dios continuada desde Adán, desde Moisés y desde Jesucristo hasta nosotros, si esta palabra tan ins-

tructiva, tan resplandeciente, apoyada sobre tantos prodigios, anunciada con tanto esplendor no la puede refrenar?

Lo tercero. *La aparición de un muerto no pondría remedio á las pasiones desenfrenadas de su corazón.* Confesémoslo sinceramente; el interés solo es el que nos hace dudar de la otra vida y de una eternidad; esta verdad la procuramos oír y creer solo en favor del pecado y de las pasiones. . . . ¡Ah! en los días felices de nuestra inocencia, no teníamos sobre esto duda alguna. Ni aun cuando después de algunas caídas habíamos recurrido á la penitencia y estábamos aplicados á domar nuestras pasiones y conseguíamos de ellas gloriosas victorias, dudábamos de ello. Solo después que hemos empezado á ceder á su esfuerzo, á dejarnos arrastrar y llevar de su corriente, entonces nos hemos vanamente persuadido que no hay infierno, no hay eternidad. . . . ¡Oh pecador! ¡Oh necio! Tú contradices las luces de la razón, los remordimientos de la conciencia, la voz de la naturaleza, el grito de las naciones y toda la majestad de la religión: pides la resurrección de un muerto para creer un infierno; deberías antes pedirle para asegurarte que no lo hay, y entonces poder darte impunemente en presa del pecado. En todo otro cualquier negocio en que te corre mayor riesgo, el partido debe ser el más seguro, y aquí para poner en peligro tu ser y la miseria eterna de tu ser, no pides prueba alguna, mientras que de la parte en que no temerías algún riesgo, no te faltaba ninguna prueba y ninguna te puede satisfacer. ¡Ah! Reconoce una vez que la pasión sola es la que te puede cegar á este término.

PETICION Y COLOQUIO.

“O Dios mío! por vuestra gracia especial y no merecida estoy aun en el mundo como estaban los hermanos del rico malvado, y puedo sacar provecho de su desgracia. ¿Qué otra cosa espero yo para tomar y cumplir buenas resoluciones? ¿Queréis acaso ver un muerto resucitado? Pero qué me diría un réprobo que se me apareciese, sino lo que me dice el rico condenado? “Yo estoy atormentado en esta llama. . . .” Una tal visión, sería acaso más cierta para mí que el evangelio? Yo tengo la escritura: ¡ah! si no me aprovecho de ella, tampoco daría fe á las palabras de un muerto resucitado con que ¡oh Dios mío! quisiera concluir de una vez; depongo todo espíritu de orgullo, lejos de mí toda semilla de endurecimiento, creo que hay otra vida y quiero merecerla, queriendo solo servirme de la presente para vos, y en una manera digna de vos. Amen.

MEDITACION CCV.

DE ALGUNAS INSTRUCCIONES QUE EL SALVADOR REPITE A SUS DISCIPULOS.

S. Lucas, c. XVII, v. 16.

Primero, sobre el escándalo. Segundo, sobre el perdón de las ofensas Tercero, sobre la fe.

PUNTO I.

SOBRE EL ESCANDALO.

Lo primero. *No os debéis sorprender del escándalo.* “Y dijo (Jesús) á sus discípulos: “es imposible que no vengan escándalos. . . .” Es verosímil que el Salvador se hallase con sus discípulos cuando tuvo con ellos este discurso. . . . Esta necesidad del escándalo no viene de otra cosa que de la corrupción y de la malicia de los hombres, pues los hombres siendo tales cuales son, no es posible que no sucedan escándalos en el mundo, en la iglesia y en los estados aun en los más santos. No acaeció esto por ventura en el colegio mismo de los primeros apóstoles? Es imposible que esto no suceda, y es más importante de lo que pensarán algunos, el estar bien convencidos de esta verdad para no quedar sorprendidos de los escándalos, para no vacilar en la propia fe y para que no nos aparten de la práctica de la virtud. Si vemos escándalos, no quedemos sorprendidos, viéndolo nosotros entre hombres. Si sucede un escándalo, no nos conturbemos por él; es un hombre el que lo ha dado, un hombre débil como nosotros; pero guardémosnos nosotros de propagarlo por nuestra malicia, y de suponer culpados de él á otros muchos que están tan inocentes en el caso como nosotros. Si estos escándalos se multiplican, no pensemos por esto que todo está ya perdido, ó que la Providencia no gobierne el mundo, porque estos escándalos mismos están ya predichos.

Lo segundo. *No se debe dar escándalo.* “Pero ¡ay de aquel por quien vengan! Mejor sería para él que se le pusiese al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar, que escandalizar á uno de estos pequeñuelos. . . .” Estén escondidos cuanto quieran y multiplíquense estos escándalos; Dios sabrá muy bien distinguir el autor. De lo que nos dice aquí el Salvador podemos juzgar cuál será después la venganza que tomará. ¡Ah! meditemos estas palabras. Examinémonos á nosotros mismos, principalmente sobre lo que mira á los pequeños; esto es, á aquellos que por su edad ó por su condición son inferiores á nosotros.

Lo tercero. *Guárdemonos de tomar escándalo.* "Estad atentos á vosotros mismos..." Estad atentos no solo para no ser sorprendidos del escándalo y para no darlo, sino tambien para que el escándalo no llegue á vosotros y no os sirva de ocasion de caída. No os imaginéis que una cosa sea permitida porque otros la hacen, ó que ella sea irrepreensible delante de Dios porque lo es delante de los hombres. La ley de Dios, el Evangelio, la conciencia, la Iglesia, estas son las que deben ser reglas para vosotros y no la práctica, la costumbre y la usanza del mundo.

PUNTO II.

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS.

"Si tu hermano pecare contra tí, repréndelo, y si se ha arrepentido perdónale; y si siete veces al día pecare contra tí y siete veces al día vuelva á tí, diciendo me arrepiento, perdónale..."

Lo primero. *De las ofensas que hacemos á los otros.* Estemos atentos para no ofender á alguno; pero si por viveza ó por inadvertencia le ofendemos, suframos que nos reprenda y escuchemos su correccion con humildad; si no nos reprende, reprendámonos nosotros mismos y reconozcamos nuestra falta; vamos despues á encontrarlo, digámosle que nos hiciera arrepentido y supliquemosle que nos perdone.

Lo segundo. *De las ofensas que los otros nos hacen.* Reprendámonos con dulzura á aquellos que nos ofenden, perdonémoslos en nuestro corazon, y luego que ellos se reconocen, asegúreles que nosotros los perdonamos sin que la multitud de sus recaídas causen nuestra paciencia y resfrién nuestra caridad.

Lo tercero. *De las ofensas hechas á Dios.* Quién es aquel hombre que siete veces al día venga ofendido, á quién se le pida perdon siete veces al día y que deba conceder este perdon? ¿quién es aquel que tenga una tan grande dulzura y que tenga ocasion de ejercitar una tan grande caridad? ¡Ah! Señor, sois vos, es vuestra divina caridad la que aquí manifestáis, y que queréis que venga ejercitada por vuestros apóstoles con los pecadores arrepentidos. De hecho, apenas vuelve á vos sinceramente y sabe decirnos esta afortunada palabra... *Yo me arrepiento*, vos todo lo olvidáis, vos todo lo perdonáis. Apenas os ofende ma reprendeis, apenas me arrepiento vos ma perdonáis. ¡Ay de mí! A cada momento os ofendo y mas de siete veces al día, y á cada momento vos estais pronto para perdonarme. ¡Oh dulzura inefable, oh bondad infinita! vos pedís de mí estas dos solas condiciones; que me arrepienta y que perdone.

PUNTO III.

SOBRE LA FE.

Lo primero. *De la disminucion y frialdad de la fe.* Y los apóstoles dijeron al Señor, acrecientanos la fe... Los apóstoles no habian sido reprendidos jamás de Jesucristo por haber faltado á la caridad; pero si, y bien frecuentemente, por haber faltado á la fe. Esto es por ventura lo que les hace decir al Salvador: *Acrecientanos la fe...* La fe es un don de Dios en su principio, en su aumento y en su perfeccion. Nuestros cotidianos pecados, nuestra disipacion y el contagio del mundo, no dejan de disminuir en nosotros la fe. Presentemente, acaso tenemos menos que en nuestra edad mas tierna; la disminucion de la fe insensiblemente hace que pequemos con mas frecuencia, mas gravemente y con menos dificultad. Esta disminucion nos hace perder el yugo del Señor, la virtud difícil, la frecuencia de los Sacramentos insipida y la práctica de la oracion y del recogimiento enfadosa y molesta. Avivemos pues, aquella poca fe que nos queda aun, y trabajemos para aumentarla.

Lo segundo. *Del aumento de la fe.* La fe se aumenta por medio de la oracion, de la instruccion y de las obras... Pidamos continuamente al Señor que aumente en nosotros la fe. Esta súplica de los apóstoles sea nuestra oracion ordinaria, principalmente en las tentaciones, en los disgustos y en las ocasiones de ejercitar una virtud que nos cuesta dificultad. Pero orando, trabajemos de nuestra parte para aumentar nuestra fe por medio de piadosos discursos, de buena leccion y de santas meditaciones.

Lo tercero. *Del uso de la fe.* "Y dijo el Señor, si tuviéreis fe, cuanto un grano de mostaza, diréis á este árbol de moras, desarráigale y trasplántale en el mar y os obedecerá..." Manera de hablar bien enérgica para exprimirnos la fuerza de la fe. No, sin duda no han hecho jamás los apóstoles uso de su fe para obrar tales maravillas inútiles y de ostentacion, ni esta era la intencion del Salvador, ni esto es el sentido de sus palabras. Mas los apóstoles confirmados en la fe, obraron otras maravillas mucho mas útiles y resplandecientes echando los demonios, curando enfermos y resucitando muertos. Con esto convirtieron el mundo entero y desarráigaron la idolatría que como precipitada en el fondo del mar, no ha vuelto despues jamás á aparecer. ¡Ah! Si tuviésemos fe, no habria en nosotros inclinaciones ni hábitos que no cediesen á nuestras órdenes y que no se desarráigaran hasta la última raíz para no brotar ya jamás. Esta es la fe que ha hecho triunfar los santos del mundo, de los tiranos y de sí mismos... ¡Ah! Hagamos uso de nuestra fe y triunfemos como ellos.

PETICION Y COLOQUIO.

Aumentadme á mí la fe, oh Señor y Salvador: ¿cómo dadme aquella fe viva que me haga tocar como con la mano las verdades de la salud; aquella fe ardiente que me saque fuera de la tibieza en que estoy y me haga abrazar valerosamente las máximas que ella me enseña. No es pido ya, oh Señor! aquella fe que ha hecho obrar prodigios á vuestros santos, sino aquella fe que los ha hecho santos; no aquella fe que los ha ilustrado á los ojos de los hombres, sino aquella fe que los ha hecho ser humildes, mortificados y enemigos de sí mismos, y finalmente aquella que los ha hecho agradables á vuestros ojos. Amen.

MEDITACION CCVI.

PARABOLA DEL SIERVO QUE HACE LO QUE DEBE.

S. Luc., c. XVII, v. 7, 10.

Consideremos: primero, el trabajo exterior; segundo, el trabajo interior; tercero, los sentimientos de este buen siervo.

PUNTO I.

DEL TRABAJO EXTERIOR DEL SIERVO BUENO.

Los apóstoles, cuya fe debia obrar grandes maravillas, tenían necesidad de una grande humildad para no gloriarse ni de sus inmensos trabajos ni de su éxito feliz. Por esto les propuso el Salvador una parábola muy propia para instruirlos y para instruirnos á nosotros mismos. Se trata de un señor que teniendo un siervo lo aplica al trabajo.

Primero. *Trabajo dependiente y mandado.* "¿Quién, pues, hay de vosotros (dice Jesucristo) que teniendo un siervo que ara ó hace de pastor, cuando vuelve del campo le diga, pasa luego, ponte á la mesa?... El señor ocupa al siervo como le agrada. El siervo hace la voluntad de su señor y no la suya. Si el señor lo envía al campo, va allá; si le manda labrar ó apacentar el ganado, lo hace... Este mundo es el campo del Señor y los hombres son su rebaño. Los apóstoles han trabajado y cultivado este campo, han conducido el rebaño y lo han apacentado. Toda su vida externa ha estado empleada en hacer en esto la voluntad de su Señor. Los hombres apóstólicos han recibido de Dios el mismo empleo; los pastores de la Iglesia, segun su grado, mas ó menos tienen tambien parte. Todos los hombres, de cualquiera condicion que sean,

son los siervos de Dios, él los ha puesto en este mundo para trabajar cada uno segun su estado y segun la voluntad de su soberano Señor. ¿Cómo cumplimos nosotros esta obligacion?

Segundo. *Trabajo penoso y enfadoso.* Trabajar la tierra, he aquí lo penoso; conducir el rebaño, he aquí lo enfiadoso; esto es lo que Dios mandó y á lo que fué condenado el hombre pecador. En cualquier estado que la Providencia nos coloque, hemos de trabajar siempre como pecadores para cumplir nuestras obligacion; si en nuestro trabajo encontramos dificultad, peso ó fastidio, guárdemonos de quejarnos ó de dispensarnos de él.

Tercero. *Trabajo asiduo y constante.* A la tarde solamente vuelve el siervo de la campaña, donde lo ha enviado su señor y donde ha trabajado todo el día, y si vuelve á la tarde, para tomar un poco de reposo, lo hace para volver al trabajo la mañana siguiente y continuarlo así todos los días. Tal debe ser la vida del hombre sobre la tierra, mientras que goza de sauidad. Debe continuamente ocuparse en un trabajo proporcionado á sus fuerzas, pero útil y serio, y trabajar así hasta la muerte. Tal es la voluntad de nuestro Señor; pero cómo la cumplimos nosotros? Nos pedirá de esto cuenta: ¿cómo nos traxará, pues, si al fin de nuestros días no tenemos que presentarle otra cosa que una vida pasada en las delicias, en el ocio, en la delicadeza ó en un trabajo que no era para él, que él no lo habia mandado y acaso que él lo tenia prohibido?

PUNTO II.

DEL TRABAJO INTERNO DEL SIERVO BUENO.

"Y no le diga antes bien, hazme la cena, prepárate y sírveme mientras como y bebo, y despues comerás tú y beberás..." Despues del trabajo externo de la campaña, le queda aun un trabajo interno y doméstico.

Primero. *Trabajo honroso.* El siervo que ha empleado sus atenciones en los bienes de su señor, debe tambien emplearlas por el mismo señor y servir al mismo. Los apóstoles despues de haberse empleado todo el día por las necesidades del prójimo, en las funciones del apostolado, pasaban buena parte de la noche con Dios en oracion. Despues de haber nosotros trabajado en el curso del día, para cumplir las obligaciones de nuestro estado, debemos antes de nuestro reposo, señalarnos un tiempo para atender á la oracion, para alabar á Dios, para darle gracias, para darle cuenta de nuestro trabajo, para pedirle perdon de nuestras faltas y la gracia de pasar mejor el día siguiente. Tambien por la mañana debemos fijar un tiempo semejante para ofrecerle nuestros homenajes, para pedirle su socorro y